

LOS KAWÉSQR O ALACALUFES: NÓMADAS DEL MAR

ELSIO CÁRCAMO VELÁSQUEZ

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

De las cuatro etnias que vivieron en el extremo sur austral del territorio nacional hasta fines del siglo XIX, es decir, los chonos, cuyo territorio comprendía desde las islas Guaitecas hasta la península de Taitao; los alacalufes o kawésqar, desde el golfo de Penas hasta el estrecho de Magallanes; los onas que habitaron la isla Grande de Tierra del Fuego; y los yaganes o yámanas, cuyo hábitat era en la zona desde el canal Beagle hasta el cabo de Hornos. Las únicas que aún subsisten en nuestro territorio, en la tierra de sus ascentros en forma permanente formando una comunidad, son los kawésqar o alacalufes en puerto Eden o Jetarke, como ellos denominaban a este lugar, ubicado a las orillas del canal Messier, en la isla Wellington, en la Latitud 49° 08' Sur y la Longitud 74° 27' 10'' Oeste, como también los yámanas o yagán en Puerto Williams, en la isla Navarino.



Puerto Eden

Respecto de los kawésqar, son muy pocos los descendientes directos y puros que actualmente residen en ese lugar, pero existen otros grupos también descendientes de esta etnia que viven en Punta Arenas, en donde disponen de una organización social y cultural muy bien constituida que los agrupa y tratan, dentro de sus posibilidades, de mantener vivos su lenguaje y costumbres autóctonas.

Esta etnia fue conocida por diferentes historiadores y expedicionarios como los “Caoneros de la Patagonia Occidental” o bien como los “Nómadas del mar”. Gran parte de sus actividades diarias las desarrollaban en su embarcación o canoa, en la cual se agrupaba la familia, manteniendo dentro de ella todos sus diversos artículos o enseres de uso diario, como igualmente disponían de una pequeña fogata, que estaba permanentemente encendida dentro de la embarcación, y asentada sobre una camada de champa, que es un pedazo de tierra turbosa, o sobre piedras planas con arena, lo que aseguraba que el fuego no quemara el casco inferior o el piso interior de la canoa.



Canoa y familia kawésqar. Fotografía tomada a principios del siglo XX

Para ellos, mantener el fuego era necesario y vital, no sólo para protegerse del frío imperante, sino también para cocinar sus alimentos diarios, en especial los mariscos que eran su fuente principal de alimentación. Con respecto a sus costumbres y forma de vida y

en especial a la utilización del fuego por parte de los kawésqar, las primeras noticias que se tuvieron sobre esta materia, fueron de parte de los cronistas de esa época, que indicaban que ellos estaban estrechamente vinculados con el fuego, porque lo mantenían encendido tanto dentro de sus embarcaciones como también en sus chozas, ya que con un clima permanentemente lluvioso y frío, se creaba un ambiente muy húmedo, siendo imprescindible para combatir el frío reinante mantener permanentemente el fuego encendido; además, por lo general no poseían una vestimenta de abrigo apropiada para hacer frente al clima imperante donde vivían. Se sabe, por las investigaciones biológicas realizadas, que en los kawésqar y otros grupos étnicos que viven en zonas frías, el metabolismo funciona de una manera diferente, lo que les hace poseer una resistencia al frío mucho mayor que otros grupos humanos. Sólo utilizaban pedazos de cueros con que cubrían un pequeña parte de su cuerpo, en especial sus espaldas; este cuero era de lobo marino o de huemul. Los niños andaban siempre totalmente desnudos. El fuego lo utilizaban para doblar grandes trozos de corteza que empleaban para hacer sus canoas y las varas para sus arpones, los arcos para flechas y las máscaras para sus ceremonias, ya que por acción del fuego lograban darle a la madera la curvatura o la rectilínea exacta para sus diferentes usos. El espeso humo negro que despedía la fogata, debido a la leña mojada o húmeda que utilizaban, servía para indicar visualmente que en ese lugar era donde estaba instalado un grupo de kawésqar.

Como se puede apreciar, el fuego les era vital y necesario por su permanente utilización para diversas aplicaciones en su diario vivir. Es por eso que, desde la más temprana edad aprendían a hacer fuego, de este modo se preparaban adecuadamente desde niños para enfrentar con más seguridad el ambiente húmedo y frío en la región en que vivían. El método tradicional para hacer fuego en una región tan lluviosa y, por lo tanto, muy húmeda, era golpeando un cierto tipo de piedra con gran contenido de azufre, que se llama pedernal, produciendo el fuego con la fuerte chispa que originaba en la yesca, encendiendo las ramitas y el pasto seco, ambos materiales un poco difícil de obtener en una región excesivamente húmeda, es por eso que todos estos elementos los guardaban celosamente, para su utilización posterior. Otro sistema que utilizaban cuando no contaban con pedernal, era empleando dos varas delgadas de ciprés de unos 50 centímetros de largo; una de ellas se aguzaba y su punta se hacía girar rápidamente con las palmas de las manos sobre la otra varilla; producto de este fuerte roce y tras de fatigosos minutos, asomaba la ansiada llamita con que se lograba hacer la fogata. Tanto uno como otro método para producir fuego les

eran difíciles y agotadores; es este el motivo principal por el cual los kawésqar cuidaban con gran dedicación que su fuego nunca se apagara. Esta era la causa principal por la que estos aborígenes, donde quiera que se desplazaran, tanto en tierra como en el mar, andaban siempre con unas pequeñas fogatas encendidas permanentemente y con mayor razón dentro de la canoa que venía siendo su segundo hogar.

Cuando pernoctaban en tierra, levantaban sus chozas con varas de madera unidas y afirmadas entre sí, dándole una forma de cono cubierto de ramas y cueros de lobo marino que hacían las veces de techo para protegerse del frío y de la lluvia.

Respecto de las canoas, según algunos historiadores, eran livianas, firmes y reunían todas las condiciones marineras para la seguridad en la navegación por los canales y fiordos existentes en esa región. Fueron consideradas las mejores embarcaciones conocidas en su tipo, en todo el continente americano. Es por eso que sus desplazamientos a lugares muy alejados los realizaban habitualmente en sus embarcaciones, pese a los fuertes vientos reinantes, correntadas y oleajes muy comunes en la zona austral, en especial en la zona desde el estrecho de Magallanes hasta la península Brecknock, que era la última región a que ellos alcanzaban a desplazarse en sus correrías. Esta especial embarcación estaba construida en base de cortezas del árbol, de roble (*Nothofagus betuloides*) y de ciprés (*Libocedrus tetragona*), árboles que existen en esa zona boscosa. Una vez retirada la corteza del tronco, los trozos eran unidos entre sí con lianas o fibra vegetal, como también con barbas de ballenas. A esta corteza se le colocaba en su parte interior fuertes varas amarradas y unidas entre sí, formando de esta manera el esqueleto de la canoa, es decir, eran las cuadernas que tiene toda embarcación; disponía además de un maderamen que también servía para hacer firme la corteza, vale decir, el casco propiamente tal. Por otra parte, se disponían varas gruesas que tenían por función dar forma a la canoa, amarradas o cosidas por su parte superior a la corteza del árbol o, mejor dicho, al casco de la canoa, lo que le otorgaba una mayor firmeza a su estructura. A veces estas maderas servían de bancada para sus ocupantes. Para impermeabilizar el casco, se calafateaban las uniones de la corteza con una pasta hecha a base de ceniza húmeda mezclada con musgos y mechones de junquillos. También utilizaban largas y flexibles fibras de coihue, especialmente para cerrar las grietas. Pese a este método de impermeabilización, siempre se filtraba el casco, utilizando para drenar o retirar el agua –achicar– una especie de balde pequeño, confeccionado también con corteza de árbol o cuero de lobo marino.

Estas canoas eran impulsadas por pequeños remos y trasladaban a toda una familia con todos sus enseres de un lugar a otro en procura de ir recolectando diversos productos marinos para su alimentación diaria, es decir, mariscos –especialmente erizos–, peces, crustáceos, algas –especialmente cochayuyo–, aves, mamíferos terrestres y acuáticos, como también algunos tipos de hongos y bayas de acuerdo a la temporada en que se recolectaban.

Según antecedentes históricos, estas embarcaciones o canoas, que ellos denominaban “hallel”, en algunos casos alcanzaron a tener hasta ocho metros de eslora (largo) por 1,20 metro de manga (ancho), con capacidad para ocho personas. Por lo general, el tamaño de la embarcación dependía mucho del árbol que se empleara para su construcción, ya que utilizaban su corteza, que era firme y muy compacta, de dos centímetros de espesor. Para extraer esta corteza, utilizaban pedazos de piedra muy afilada, lo que le permitía hacer diversos cortes, tanto en la parte superior como en la inferior del árbol.

Con respecto a esta metodología de fabricación de canoas, es necesario consignar que la etnia yámana (yagán) también construía sus embarcaciones en base de la corteza de un árbol, el coigüe, que entre los meses de septiembre y octubre suelta su corteza parcialmente del tronco permitiendo su fácil extracción. La etnia yámana utilizaba casi el mismo método para su construcción.

Por lo general, una embarcación duraba aproximadamente dos años de uso y para construirlas se demoraban como cinco semanas. Esta canoa disponía en su parte inferior interna de un piso que era por lo general de corteza de árbol y que servía además para que los ocupantes se sentaran y depositaran sobre ellos sus pertrechos sin producir rotura al débil casco de la embarcación. Según algunos cronistas, generalmente la canoa estaba a cargo de la mujer y, según otros, era un trabajo colectivo sin que nadie tuviese una tarea o lugar predeterminado. Normalmente, a proa estaba instalado el individuo que conocía mejor el lugar por donde se desplazaba la embarcación. El que se sentaba a popa dirigía la canoa con el remo para el lugar que ellos ya tenían previsto. El hombre que se instalaba a proa, también iba provisto de un arpón, que lo utilizaba para cazar. Los otros miembros del grupo, especialmente los niños, se sentaban en el medio de la canoa, en donde tenían encendido la tan vital y necesaria fogata.



Construcción de una habitación típica kawésqar

En lo referente a la construcción o instalación de sus chozas, cualquier persona adulta podía participar en ella, siendo esta construcción “temporal”, hecha con materiales obtenidos del lugar donde se instalaban y, según algunos cronistas, estas no eran altas, quizás no más de 1,80 metros de altura, y esto se debía a que sabían que el calor del fuego se acumula en la parte superior; es por eso que también, su primera prioridad al armar sus chozas, era instalar la fogata en medio de ella para que los protegieran del frío reinante. La choza además, servía al grupo familiar para protegerse de la casi permanente lluvia de esa región, que sobrepasa anualmente de los 2.000 mm de agua caída, como igualmente para descansar, preparar sus comidas, conversar y, a los adultos mayores, para exponer a los más jóvenes sus mitos, que durante miles de años fueron la base de sus creencias y de su modo de vida. A veces, se formaban pequeñas comunidades de tres o más chozas, pero estas tenían corta duración, ya que su forma de vida nómada les hacían desplazarse casi diariamente de un lugar a otro. Como la etnia kawésqar se alimentaba mayormente de mariscos y crustáceos, a medida que los iban consumiendo, las conchas y los caparzones los tiraban fuera de sus chozas, formándose así con el correr del tiempo grandes montículos de conchales o concheros, que posteriormente servirían como una especie de libro natural en donde están registrados todas sus vivencias por medio de los restos de utensillos y de la alimentación, elementos estos que sirven para identificar el lugar donde los kawésqar

pernoctaban, por lo general por tiempos bien prolongados. A los investigadores que estudian esta etnia en la actualidad, estos montículos o conchales les entregan una valiosa información de la forma de vida que llevaba esta sufrida etnia kawésqar desde tiempos inmemoriales.

Según diferentes cronistas e historiadores, entre los bienes materiales que poseía esta etnia en la antigüedad, estaba el arpón, cuya punta era lisa o dentada y que elaboraban de hueso de lobo marino o ballena hecho firme en la punta de un asta de madera. También, disponían de un dardo arrojadizo de madera, de menor longitud que el arpón y provisto de una punta de piedra bien aguzada, de arcos y flechas, hondas hechas de cuero con las cuales lanzaban piedras con magistral puntería, y una especie de daga de madera con punta de piedra muy filosa. Todos estos elementos los utilizaban diariamente para cazar o pescar y en sus enfrentamientos contra otros individuos, ya sea de la misma etnia o de otros pueblos vecinos a su región.

A los hombres les correspondía la tarea de fabricación de las canoas y los toldos, de las armas, herramientas diversas, de la recolección de alimentos para su grupo familiar por medio de la caza y la pesca. Las mujeres se encargaban de los niños, de hacer las cestas para la recolección de alimentos, en especial los mariscos, lo que les hacían ser muy buenas nadadoras y buceadoras, especialmente para obtener los erizos, cangrejos y centollas, que se encuentran en algunos casos sobre los ocho metros de profundidad y, además, ellas debían preparar los alimentos diarios que consumían.

El descubrimiento de un cetáceo varado constituía todo un gran acontecimiento que era informado a otros grupos familiares de las comarcas cercanas por señales de humo, según Martín Gusinde lo describe en su libro. Este hecho producía la reunión de varios grupos familiares y duraba hasta que se había consumido todo el mamífero marino o extraído todo lo aprovechable de este animal. Esta especial ocasión servía para realizar los actos rituales de sus creencias y mitos, levantando para este objeto una choza especial llamada "Tchelo Ayayemas", que por lo general se instalaba en medio de las otras chozas, ritual que era dirigido por un anciano experimentado, el cual era obedecido por todos los participantes. También, tenían una ceremonia llamada "Yinchihana" que duraba varias semanas y que tenía por objeto instruir a los iniciados sobre los orígenes de la sociedad kawésqar, sus normas de conducta para hombres y mujeres, basado todo en su amplia y rica mitología que destacaba la superación del matriarcado.

Al principio de su existencia como pueblo, según sus creencias, existía la oposición inicial entre el hombre sol y la mujer luna, en la que al final se impuso el triunfo del hombre y la sujeción permanente de las mujeres. Esta misma creencia la tiene la etnia yámana. Entre sus seres mitológicos se destaca el espíritu del mal, denominado por ellos como “Ayayema”, quien, otra vez según sus creencias, mora en los pantanos y tiene amplio dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, especialmente del viento que vuelca las canoas, y del fuego, que a veces dispone quemar sus chozas. Dicen que se apodera de las personas a través del sueño, haciendo que se enfermen y mueran, por este motivo cuando alguien fallecía lanzaban piedras contra sus chozas, diciéndole *“ahora vas a dejar que nos sentemos en paz en tu cabaña”*.

Los “Owurkan” eran los chamanes o curanderos, que podían ser hombre o mujer, quienes por prácticas mágicas y religiosas se dedicaban a sanar las enfermedades como también a alterar maleficios y predecir las condiciones climáticas, para lo cual poseían el conocimiento empírico y práctico para realizar curaciones, tratamientos y conjuros. Por lo general, la organización social de esta etnia estaba basada en la familia de la misma consanguinidad, es decir, el abuelo y sus descendientes. Como eran nómadas, no existían grandes agrupaciones de familias bajo la autoridad de una persona. En algunas ocasiones especiales, existía algún liderazgo ocasional y temporal que se designaba para un fin comunitario determinado. La autoridad era ejercida por el padre en forma absoluta en cada grupo familiar.

Una de las personas que más ha convivido con esta etnia, desde 1976, es el etnólogo Oscar Aguilera F., ya mencionado anteriormente, que en unos de sus ensayos respecto de la toponimia de los kawésqar, manifiesta que muestran una percepción asombrosa del ámbito en que han desarrollado su existencia y un sentido de orientación que les permite desplazarse con gran seguridad a través de los intrincados laberintos que existen en los canales de la Patagonia occidental.

Estudios y análisis comparativos permiten concluir que los kawésqar tuvieron costumbres muy similares a los yaganes de la zona del canal Beagle. Pero, en lo que respecta a su aspecto físico, los kawésqar eran más robustos y de mayor estatura que los yaganes y hablaban un lenguaje muy diferente, como también al de los onas y tehuelches. Casi no hay similitud idiomática entre las cuatro etnias de la Patagonia austral.

Pero, la pregunta que todos nos hacemos es: ¿De dónde provenía esta etnia?

Hay muchos estudios e hipótesis al respecto pero, hasta el momento, ninguna de estas se le puede indicar como la más exacta o verdadera. Científicamente, se sabe que sus rasgos físicos y grupo sanguíneo son casi similares a la raza indo-malaya, es decir, los que habitan al otro lado del gran océano Pacífico, en el sector sur del continente asiático. Existe similitud, por ejemplo, en el tipo de cabello, que es liso, color negro y con escaso pelo cano en las personas de edad avanzada, en la falta de calvicie, escasa velloidad en el resto del cuerpo, barba poco poblada, coloración de la piel, forma y color de los ojos y capacidad craneana. Otra concordancia existe en la construcción de sus chozas o toldos, las que también son de forma cónica; en sus embarcaciones, que son construidas con madera o corteza, pero unidas o cosidas con fibras vegetales; sin embargo en algunos casos, de rasgos mongoloides bien acentuados, lo que indica su descendencia asiática. Considerando que, por lo alejado de los otros centros poblados de etnias sudamericanas más adelantadas, los kawésqar no recibieron ni copiaron nada en su forma de vivir y actuar y toda su forma de vida y costumbres son auténticamente propias desde hace miles de años, en forma especial su lenguaje que, sin lugar a dudas, se debe considerar que es uno de los más antiguos del mundo existente en la actualidad. Los kawésqar nunca recibieron directa o indirectamente las transculturaciones que otros pueblos de América, que las recibieron, directa o indirectamente, de otras etnias más avanzadas culturalmente. Quizás la recepción cultural desde otros pueblos no fue realizada debido a que la etnia kawésqar se encontraba en una zona aislada y de muy difícil acceso.

Ahora bien, si ellos provienen del sur de Asia o de Oceanía, la otra gran interrogante es ¿Cómo llegaron hasta este extremo austral de América y en que medio? Este es otro de los misterios o materia de un estudio más profundo que deben realizar los especialistas científicos sobre esta materia.

Los primeros antecedentes que se disponen sobre la etnia kawésqar, son los dejados por el navegante español Francisco de Ulloa, quien, en 1553, al cruzar el golfo de Penas, anotó que las islas Guayanecos estaban pobladas por indios “*que andaban en grandes canoas y traen su fuego dentro*”. Posteriormente, el navegante español Francisco Cortés Ojeda, al mando de la nave *San Sebastián*, junto a la nave *San Luís*, al mando de Juan Ladrillero, en noviembre de 1557 zarpó rumbo al sur, a la zona del estrecho de Magallanes y,

que por razones climáticas ambas naves se separaron. Cortés Ojeda debió seguir solo en su cometido, que duró cerca de un año. En las anotaciones en su bitácora, asienta:

“Que estas pintorescas criaturas, tenían la piel salpicada de tierra roja, con algunos reverses de negro y blanco [...] ellos llevaban sobre la cabeza una guirnalda de pluma de pato, no eran hostiles, pero son ladrones, andaban desnudos, sólo cubiertos con una pequeña capa de cuero de foca o de lobos.”

En otra parte de su bitácora anotó que *“esas yerbas que comen los indios [...] fue harto socorro”*, refiriéndose el cochayuyo (*Durvillea antártica*). Más adelante anotó *“Las guisábamos de esta manera, así los troncos con las hojas”*. No está demás indicar que esta alga los alivió muchísimo en su alimentación, ya que ellos habían naufragado y casi no tenían nada que comer, salvo algunos alimentos no perecibles que alcanzaron a salvar del naufragio.

Tiempo después llegaron otras expediciones que también describieron sus costumbres, como por ejemplo la efectuada por Pedro Sarmiento de Gamboa en 1579, quien expuso que ellos, por lo general, andaban siempre casi desnudos y solamente se cubrían con un pedazo de cuero de lobo marino que lo sujetaban en el cuello. Los niños andaban siempre totalmente desnudos. Esta especial condición que tenían, siempre llamó la atención por la extraordinaria capacidad de adaptación al frío y a la humedad del clima donde ellos residían, no dándole gran importancia al vestuario, ya que a veces se desprendían de sus capas para obtener algo que ellos querían, es decir a base del trueque. Esta capa, sea cual fuere su procedencia, se usaba con la piel hacia fuera. El cuero era muy bien trabajado, desgrasándolo y adelgazándolo, quedando por lo tanto muy suave para el roce con la piel. A veces eran unidos y cosidos con barbas de ballena u otro tipo de filamento, ya sea vegetal o animal. Asimismo, se cubrían parte de su cuerpo con un barro de color rojo, el que se describía que era *“más que el barro colorado como la sangre”*. Pedro Sarmiento de Gamboa indicó que sus chozas, a la cual denominaban “Tchelo”, eran bajas y redondas, hechas de palos enterrados y recubiertas de ancha corteza y pieles de focas.

El navegante y corsario inglés, Francis Drake, también los mencionó, describiendo sus chozas, que construían de varas firmes recubiertas con pieles y con fuego en su interior, en donde mantenían algunos utensilios y alimentos.

Otra versión de ellos es la que nos entregó la expedición de la fragata española *Santa María de la Cabeza*, que recorrió esos lugares en 1785-1786 y que en su relato escrito

expuso que estos indios eran hombres de buena presencia física y que se untaban el cuerpo con un barro de color negro que lo obtenían de los residuos de carbón de la leña que quemaban. El color blanco lo hacían con tierra de sedimento blanco, y con este último color se hacían diferentes figuras, tanto en la cara como en el cuerpo. Para aglutinar estos pigmentos, se mezclaban la tierra de color con grasa de foca o lobos marinos y, una vez obtenida la pasta, procedían a pintarse el cuerpo. Esa mezcla producía un fétido olor, que ellos no percibían ya que estaban acostumbrados; esa pasta a base de grasa les servía también para protegerse del frío reinante en esa región. Algunos cronistas señalaron: *“El pintarse el cuerpo era sólo para ser usado en carácter ceremonial”*. En uno de los informes al respecto, dice lo siguiente: *“Que encontraron estos indios en la playa, cuya desnudez e insoportable hedor hacían mirarlos con horror”*.

Lord Byron también mencionó a los kawésqar en sus memorias, cuando naufragó en el velero *Wager* en 1741 en el archipiélago de Guayaneco, al sur del golfo de Penas. En 1769, el capitán inglés James Cook, cuando estaba al mando del HMS *Resolution*, en su navegación por los canales fueguinos se encontró con los indios caoneros o alakalufes, de los cuales hizo el siguiente comentario:

“Estaban medio famélicos, sin barbas, entre ellos no se veía ninguna persona alta. Estaban casi desnudos, su único vestido era una piel de foca. Las mujeres cubrían sus desnudeces con una especie de falda hecha también de piel de foca, pero en los demás, vestían como los hombres. Vimos a dos niños totalmente desnudos, lo cual lo acostumbran a los fríos inclementes. Los indios llevaban consigo arcos y flechas y un especie de arpón hecho de hueso sujeto a una vara. Ellos y todo lo que poseían apestaba a aceite de ballenas. Las mujeres y los niños permanecían en sus canoas, construidas con corteza de árboles y en cada una hay una fogata, en torno a la cual se apretujan las pobres criaturas. También llevan en las canoas grandes pieles de focas para guarecerse en el mar y para cubrir sus chozas y ocasionalmente para ser utilizadas a guisa de vela”.

Finalmente, Cook hizo el siguiente comentario: *“Entre todos los pueblos que he visto en el mundo, éste parece ser el más desamparado”*.

En la década de los años 1770, el sacerdote jesuita Pedro Flores, que acompañaba a una expedición que había zarpado del canal Chacao en 11 piraguas con personal y víveres con la misión de encontrar parte de los cañones y otros objetos que habían pertenecido al ya nombrado velero *Wager*, en el archipiélago de Guayaneco, convirtió a varios de esos nativos

y los condujo posteriormente a la isla de Chiloé. A esos aborígenes los expedicionarios los denominaron “caucahues”. Pocos años después, los jesuitas siguieron excursionando a esta región, hasta que se produjo la expulsión de estos religiosos del Reyno de Chile.

Entre los apuntes históricos registrados por los navegantes que recorrieron esa zona, están los del capitán del navío Antonio de Córdoba, quien al mando de una expedición embarcada en la nave española *Santa María de la Cabeza*, ya mencionada, registró en su bitácora que el 9 de diciembre de 1786, tuvo el primer contacto con los indios alacalufes, que en esa ocasión eran un grupo de 23 personas, en el estrecho de Magallanes, en las cercanías de la punta San Isidro. Días después, anotó en su bitácora que encontraron siete canoas con un total de 63 indios alacalufes, entre hombres, mujeres y niños, a la altura del cabo Froward, lo que dio a comprender que sus embarcaciones eran grandes, quizás superiores a los siete metros de eslora.

Desde 1826 hasta 1828, mientras se encontraba al mando del HMS *Beagle*, Pringle Stokes, quien fuera su primer comandante, mientras navegaba rente a la costa de la isla Desolación, por el estrecho de Magallanes, pudo observar a varios grupos de esta etnia y registró en sus apuntes las siguientes observaciones sobre los primitivos indios caoneros:

“Su estatura media era de 5´ 5” [1,65 metros], el cuerpo negro, los miembros mal torneados. El negro cabello liso y áspero, la barba escasa, la frente baja, la nariz prominente y con dilatadas fosas, los dientes pequeños y regulares, pero de mal color. Esta gente cobriza carece de protección contra los rigores de aquella inclemente región, pues sus ropas daban miserable abrigo y consistían únicamente en la piel de foca o de nutria marina, echada sobre los hombros y con la parte velluda hacia fuera.”

Posteriormente, otras expediciones también los mencionaron, como por ejemplo la de Robert Fitz Roy (1832–1836), que los describió en forma parcial.

Con la fundación del Fuerte Bulnes, en punta Santa Ana a orilla del estrecho de Magallanes, el que está ubicado a una distancia de 57 kilómetros al sur de la actual ciudad de Punta Arenas, los kawésqar mantuvieron contactos esporádicos, siempre con enfrentamientos, con los militares destacados en dicho lugar, especialmente a raíz del ataque que fue objeto el teniente 1° de la Marina Tomás Barragán, el 16 de marzo de 1846, persona que falleció 45 días después, a consecuencia de un flechazo. Asimismo, perpetraron un ataque en el año de 1852, siendo considerados por tal motivo como aborígenes ladrones y agresivos y, además, por demostrar no tener el menor ánimo de entablar amistad con los

blancos. Años después, en 1873 y 1874, también se registraron fatales enfrentamientos entre los nativos y los militares destacados en esa región austral o, mejor dicho, con el personal destacado en la Colonia de Magallanes, debido especialmente al robo de ganado que los kawésqar hacían. El resultado de unos de esos enfrentamientos fue de seis muertos, varios nativos fueron tomados prisioneros incluyendo a 12 niños. En un enfrentamiento subsiguiente fueron muertos seis hombres y dos mujeres y se capturaron tres niños.

Posteriormente, se siguieron presentando esos fatales enfrentamientos, pero en forma más esporádica y, como siempre, recibiendo los kawésqar la peor parte. Los aborígenes que eran capturados, eran enviados a la Misión Salesiana de “San Rafael”, ubicada en Puerto Harris, en isla Dawson, y según antecedentes, se alcanzaron a albergar a más de 65 de ellos, recibiendo toda clase de atenciones en lo referente a habitabilidad, alimentación, vestuario para los adultos y educación primaria a los niños. Pese a la muy buena voluntad de los sacerdotes salesianos para integrarlos como ciudadanos útiles al país, los nativos perdieron su mayor tesoro, que era su libertad de ir donde ellos querían, como fue siempre su forma de ser y vivir. Esta circunstancia también contribuyó al desaparecimiento vertiginoso de esta etnia. Esta Misión evangelizadora permaneció en esta isla a cargo de la Congregación Salesiana hasta 1912, cuando los terrenos fueron entregados a una sociedad comercial ganadera y maderera que se estableció en dicho lugar y que se denominó Sociedad Ganadera “Gente Grande”, título que recuerda a los aborígenes onas que también poblaron esta región y que físicamente eran de alta talla y gran corpulencia.

Otros antecedentes de la presencia de los alacalufes en la zona del estrecho de Magallanes, los describió el pastor anglicano Thomas Bridges, quien escribió en sus memorias lo siguiente:

“Los alacalufes son como los yaganes. Indios caoneros. Merodean por las costas de muchas islas que conforman su país, pero su clima es muy suave, su tierra húmeda, montañosa y densamente boscosa. Es mala para el pastoreo o labranza, de mayor extensión que el yahga (yagán) y tiene más animales para susustentación. Se supone que son 3.000, pero es sólo una conjetura”.

Años después, en 1884, Lucas Bridges, expuso que, debido a una epidemia que azoló a los indígenas de la Patagonia austral, esas razas disminuyeron a menos de la mitad.

Muchos años después, los primeros en entrar en contacto directo con los alacalufes o kawésqar fueron los loberos y nutrieros, a fines de la década de los años 1860. Entre 1880 y

1930, esa relación se intensificó, incluso llegando a trabajar juntos en la captura de estos mamíferos marinos. Esa convivencia tan estrecha y permanente produjo grandes cambios en su forma de vida, tanto material como demográfica y psicológica, alterando en parte su forma de ser y vivir. Esto se debió a la cacería que se hacía a las grandes manadas de lobos marinos y nutrias, coipos y otros animales marinos que existían en su región, de los cuales ellos eran muy experimentados en capturarlos. Esta actividad produjo que los aborígenes cambiaran las pieles obtenidas en sus cacerías por alimentos, vestuarios, armas, hachas, cuchillos y otros artículos que ellos utilizaban diariamente pero, por lo general, siempre en este tipo de trueque ellos salían desfavorecidos. Por esta razón, a veces los nativos en gran necesidad robaban algunos artículos de los loberos, quienes en venganza los mataban, en ocasiones incluyendo a toda la familia. A su vez, los loberos les robaban sus mujeres jóvenes y se las llevaban a otros lugares alejados. Todas esas penosas circunstancias, más las enfermedades contagiosas de todo tipo recibidas de parte de los loberos, en especial las del tipo venéreo, tisis y otras más, junto al uso exagerado de las bebidas alcohólicas, implicaron que la población de estos nativos fuera disminuyendo en forma muy acelerada. Respecto de esto último, según apreciaciones realizadas por diversos organismos del país, en especial la Armada de Chile, los nacidos en esa región en las dos últimas décadas del siglo XIX alcanzaron a unos 800 individuos, de los cuales para el año 1950 sobrevivían solo unas 60 personas de raza pura kawésqar. En la actualidad, son muy pocos los individuos vivos de raza pura. Esta etnia ha tenido mucho cruzamiento con otras etnias, en especial con personas proveniente de la isla de Chiloé, lo que ha producido que se conformaran varias familias, muy bien constituidas en la actualidad, tanto en lo espiritual como en lo material, constituyéndose en una comunidad muy bien organizada y respetada dentro de los pueblos originarios nacidos en nuestro territorio.

Hasta la fecha (2012), no se ha podido establecer claramente cuantas personas constituían su población a la llegada de los españoles en el siglo XVI; solamente existen conjeturas no muy bien basadas, pero que indican que eran aproximadamente unos 2.500 nativos. Se llegó a esta cantidad principalmente en base del amplio territorio en donde ellos se desplazaban, el cual les proporcionaba toda clase de alimentos necesarios para su manutención. Esta zona, en que sus condiciones climáticas son siempre de mal tiempo, reinantes durante casi todo el año, en donde el viento, la lluvia, la nieve y el intenso frío

fueron sus eternos compañeros, pero pese a todo esto, esta etnia supo sobrevivir y adaptarse a estas malas condiciones climáticas, desde hace miles de años.

Son muchos los estudiosos e historiadores que han hecho gran acopio de los antecedentes para formarse una visión exacta del comportamiento general de esta etnia, entre los cuales puede mencionarse, fuera de los ya indicados en párrafos anteriores: Thomas Bridges (1886); John Cooper (1917); Alberto M. de Agostini (1920); Martín Gusinde (1923); Misión Lipschütz-Mostny (1946-1947); Empeaire-Robin (1946-1948); Daniel Hammerly Dupuy (1947); Osvaldo F. A. Menghin (1952); José Empeaire (1950, 1955); Junius Bird (1963); Oscar Aguilera (1976 a la actualidad); y otros más. Algunos de ellos convivieron con los Kawésqar por un buen tiempo, como Martín Gusinde, José Empeaire y Oscar Aguilera, quienes escribieron con más detalles, precisión y propiedad, sus costumbres en general.

El etnólogo Martín Gusinde, sacerdote de la Congregación del Verbo Divino, durante su cuarto viaje a la zona austral, con una duración de 15 meses entre los años 1923 y 1924, después de recorrer la zona magallánica y convivir con onas y yaganes o yámanas para conocer directamente su forma de vida y costumbres, viajó a los canales magallánicos en un buque de la Armada de Chile y se desembarcó en el canal Smith, lugar éste donde se contactó con los kawésqar y permaneció con ellos durante cuatro meses, conociendo de esa manera en forma más directa sus costumbres, su forma de vida y sus creencias, participando en las ceremonias de iniciación a la pubertad y otras. Todas las experiencias y conocimientos adquiridos en esa región, los publicó en una obra de tres volúmenes, que tiene en la actualidad gran importancia y divulgación, ya que constituye todo un testimonio científico e histórico, realizado por un renombrado hombre de ciencias, que describió magistralmente a los pueblos aborígenes que vivían en la zona austral de América. Gusinde fue un etnólogo que merece el mayor respeto y admiración por su legado científico e histórico.

Según Gusinde, esta etnia estaba dividida geográficamente en tres grandes zonas, a saber: a) Grupo Meridional, desde la península Brecknock hasta el estrecho de Magallanes y cabo Tamar; b) Grupo Central, islas y canales desde la boca meridional del canal Smith hasta su salida septentrional, incluido el territorio oriental hasta el seno Última Esperanza; c) Grupo Septentrional, desde la boca meridional que conduce al canal Sarmiento, hasta la margen sur del golfo de Penas. De estos tres grupos, sólo el último subsiste; se encuentra afianzado en puerto Eden, más conocida por ellos como "Jetárke". Haciendo un poco de

historia, el topónimo Eden que lleva este puerto, fue colocado en memoria de un buque inglés que encalló en dicho lugar y, que luego de salvar esta situación, continuó viaje a Inglaterra. El apellido Eden corresponde al de importantes personajes de la antigua Inglaterra, entre otros, un almirante y personas de Estado. Muchos consideran erróneamente a Eden como Edén, sinónimo de oasis o paraíso.



Sector del colegio y el retén de Carabineros de Puerto Eden

Según estudios realizados por el etnólogo Oscar Aguilera Faúndez y el antropólogo José Tonko, personas que por espacio de varios años han estudiado, y que lo siguen realizando en la actualidad, sobre la vida y costumbres de los kawésqar, indican que su territorio a la llegada de los españoles se extendía desde el golfo de Penas, por el norte, hasta ambas márgenes del estrecho de Magallanes, por el sur, en dos grandes porciones, a saber: a) “Jautok-Jautauk”, territorio de los canales interiores que se proyecta hacia el este, al continente; y, b) “Malte”, territorio hacia y en la costa del mar exterior al oeste, es decir, los lugares que están cercanos al océano Pacífico.

Por otra parte, analizando históricamente este gran territorio de los kawésqar, es necesario recordar que el 5 de enero de 1930, la Aviación Militar de ese época inició el primer vuelo en un hidroavión desde el Aeródromo “El Bosque”, sector cercano a Santiago, hasta Puerto Montt y desde allí se dirigió a Puerto Eden, en donde relleno combustible, continuando viaje a Puerto Natales, desde donde prosiguió viaje a Punta Arenas el 27 de enero de 1930. Hasta el año 1935, ya se habían efectuado tres viajes aéreos, todos ellos

amarizando en Puerto Eden. Esa fue la razón principal que tuvo esta institución para instalar en dicho puerto una base aérea, con el fin de apoyar al Servicio Aéreo Postal de Hidroaviones para unir Puerto Montt con Punta Arenas. Además, en dichas dependencias funcionaría una radio estación y una enfermería de primeros auxilios.

Para ese entonces, los Kawésqar ya se habían establecido en forma casi permanente en las cercanías, donde funcionaba una radio estación naval que la Armada tenía desde 1936 en isla San Pedro, al sur del golfo de Penas y a la entrada del canal Messier, manteniendo en ese lugar personal naval con sus familias. Los nativos recurrían siempre al personal naval para solicitar toda clase de ayuda, como ser víveres, ropa y medicamentos. Pese a no contar con recursos para este objeto, con sus escasos medios, el personal de la Armada siempre los apoyó en casi todas sus necesidades, realizando como siempre una silenciosa pero positiva ayuda a esta etnia.



Grupo de kawésqar en la cubierta de una nave mercante a inicios del siglo XX

Las naves que transitaban tanto del norte como del sur del país, ya fueren nacionales o extranjeras, a fin de evitar el siempre tempestuoso mar del océano Pacífico, utilizaban los canales interiores patagónicos para su desplazamiento, los que les brindaban mayor bienestar y seguridad en la navegación, ya que esta ruta estaba muy bien señalizada con faros y balizas. Por ese motivo, casi todas las naves que recalaban por espacio de breve tiempo en Puerto Eden, a fin de entregar encargos y correspondencia para los funcionarios

destacados de la FACH, o también para esperar buen tiempo para cruzar el temido golfo de Penas, como igualmente para esperar la marea propicia para cruzar el difícil y correntoso paso llamado la angostura Inglesa.

Después del año 1936, los kawésqar estaban casi totalmente adaptados a la nueva forma de vida que realizaban los “hombres blancos” y muchos de ellos instalaron sus chozas en forma permanente en las cercanías de la Radio Estación de la FACH en Puerto Eden, ya que siempre esta institución, a través de su personal destacado en ese lugar, le prestaba una positiva ayuda para sus necesidades mas básicas. Aprovechaban la recalada de los buques para vender los mariscos que recolectaban, pieles finas de animales que cazaban, como ser el “lobo popi” y nutria, que en ese tiempo eran muy bien cotizadas tanto en el comercio nacional como extranjero, artículos de recuerdo de esa región, como ser canastos de junquillo, canoas en miniatura, arpones de hueso y puntas de flechas, que ellos mismos confeccionaban en forma artesanal. Por lo general, estos artículos los cambiaban por alimentos y vestuario con los pasajeros de las naves.



Familia kawésqar en su embarción, en puerto Eden en enero de 1951

A raíz de la creación de la Línea Aérea Nacional, el 5 de de marzo de 1929, comúnmente llamada Línea Aérea Postal, que inicialmente prestaba servicios entre Santiago y Arica e intermedios y que posteriormente se extendió hasta el Territorio de Magallanes. Para cubrir esta nueva ruta, la Fuerza Aérea de Chile tuvo que instalar un lugar de reabastecimiento y apoyo para los aviones anfibios. El lugar que se determinó como el más apropiado fue Puerto Eden. El creador de esta Línea Aérea fue el comodoro del aire Arturo Merino Benítez, durante la primera presidencia de la República del general Carlos Ibáñez del Campo. Para cumplir este objetivo, se realizó el primer vuelo experimental en un avión “Junkers” que salió desde la Base Aérea “El Bosque” el 5 de enero de 1930, llegando sin novedad a su destino en Punta Arenas el 27 del mismo mes.

Días después de su llegada a Punta Arenas, este avión sufrió un accidente en el sector de Agua Fresca, pereciendo tres de sus tripulantes.

Durante 1931 y 1934 se hicieron dos viajes más, con excelentes resultados. Todos estos aviones pasaban a reabastecerse de combustible en Puerto Eden. Por esta razón, la Fuerza Aérea de Chile estableció en ese lugar una Estación Radio Telegráfica y Meteorológica que servía de apoyo a estos vuelos. Para tal objeto, se construyó una casa habitación para alojar a diez pasajeros y a su tripulación, con acomodaciones adecuadas para una permanencia de varios días. Esta casa se construyó en 1936, dejándose una dotación permanente con varios funcionarios y que permanecieron en dicho lugar hasta mediados de 1968.

La “*Historia de la Fuerza Aérea de Chile*”, libro editado en 1965 y cuyo autor es el comandante de escuadrilla Rodolfo Martínez Ugarte, en el Capítulo XII aporta muchos antecedentes sobre este tema y, en una de sus partes, expone lo siguiente:

“Revisando los antecedentes que obran en poder del autor, nos encontramos ahora con un hecho de singular importancia para el país y que tiene relación con la tutela que ejerce la Fuerza Aérea de Chile en Puerto Eden sobre los alacalufes: Allí existe una Radio Estación con personal de la institución, que depende directamente del Ala N° 3. Puerto Eden es una pequeña bahía ubicada en la entrada del paso del Indio, en el canal Messier. Es también un punto de recalada para los buques que transitan por el canal en los días del mal tiempo y punto de refugio temporal para los loboeros que deambulan por los canales australes. Sus comienzos como Radio Estación de la Fuerza Aérea se remontan e identifican con las primeras labores de la Línea Experimental a Magallanes y así su primera misión fue

comunicar informes metereológicos a Puerto Montt y a Punta Arenas y permitir de este modo que los vuelos de esta Línea se ejecutaran con el mínimo de riesgo en este aspecto y de que por sí eran peligrosos, por cuanto la totalidad de la navegación debía desarrollarse por la zona de los canales. Los dos primeros aviones con que contó esta Línea, por tratarse de anfibios de características y rendimientos limitados, era necesario mantenerles puntos de apoyo logístico y que sirvieran asimismo como lugares de recalada en caso de emergencia para reabastecimiento de combustibles [...] Circulaban en esa época por los canales magallánicos y especialmente por el canal Messier, familias alacalufes que tenían todos sus enseres en chalupas hechas de troncos de árboles y construidas por ellos mismos, siendo éstas su único medio de habitación por muchos años. Empero, los 300 o 400 individuos que formaban las familias a fines de 1939, por diversos contactos sociales imprevistos con otros habitantes de los lugares, contrajeron enfermedades que paulatinamente los fueron diezmando hasta reducirlos a 49 individuos que sobrevivían hasta agosto de 1962. Ellos eran:

Enrique Eden	45 años	Roberto Tonko	1 año
Sara Ulloa	40 “	Carlos Renchi	26 años
Mariano Eden	16 “	Celia Navarino	25 años
Juan Lizon Eden	14 “	Mariana Renchi	1 mes
Gerardo Eden	12 “	Rosa Renchi	60 años
Alejandro Eden	10 “	Luis Molinari	40 “
Alberto Eden	8 “	María A. Molinari	10 “
Raúl Eden	6 “	Juan Zambrano	47 “
Enrique 2ª Eden	2 “	Francisco Sotomayor	52 “
María Flores	60 “	Francisco Magallanes	28 “
Juan Ulloa	27 “	Lola Sotomayor	35 “
Manuel Tonko	30 “	Virgilio Renchi	36 “
Margarita A. Molinari	37 “	Pedro Javier	26 “
Anita Tonko	8 “	Manuel López	55 “
Verónica Tonko	3 “	Teresa López	23 “
Josefina Tonko	3 meses	Ernesto Arroyo	54 “
Nora López	17 años	Francisco Arroyo	22 “
María Auxiliadora López	3 “	Ramón Paterito	30 “
José López	50 “	Ester Mancilla	27 “
Carlos López	14 “	José Paterito	5 “
José Tonko	27 “	Estrella Sotomayor	14 “
Gabriel Paterito	25 “	Rosa Lucía Sotomayor	40 “
Juliana Paterito	9 “	Santiago Tapaske	38 “

Estas circunstancias obligaron a los indios a acercarse a un lugar en que les fuera proporcionada ayuda sanitaria para poder sobrellevar en mejor forma la miserable vida nómada que por años constituyó su única forma de vida [...] Con el correr de los años, algunas familias alacalufes construyeron sencillas viviendas en los alrededores de la casa de la Posta, en las cuales se empezó a desarrollar su nuevo género de vida, esto es, sus vidas en tierra firme. En un sector anexo al edificio de la Posta, se construyó un pabellón de madera, de extensión suficiente para albergar a la pequeña colonia de individuos y que no se decidían a adoptar el nuevo medio de vida. Sus chozas estaban hechas de ramas de árboles entrelazadas y cubiertas de cuero de lobo de mar con una pequeña entrada que hace las veces de puerta. En su interior arde constantemente una fogata que permite la cocción de los mariscos, base fundamental de su alimentación, y en los alrededores del fuego se encuentran amontonados los cueros de lobo marino que les sirven para dormir. El techo de la vivienda posee una abertura por donde sale el humo. Algunas familias continuaron viviendo en las chozas y otras con curiosidad, vivieron una corta temporada en el pabellón que se les había construido [...] En la actualidad, el Ala Nª 3 dispone de una Comisión que les suministra los víveres necesarios para su subsistencia. Un enfermero de la Posta atiende el aspecto sanitario e higiénico de la colonia. Para este trabajo cuenta con los medicamentos apropiados, habiéndose habilitado una enfermería con cuatro camas para los casos de parto que normalmente tienen lugar en el recinto de la Posta y para enfermedades graves. A los niños se les está proporcionando desayuno y se ha enseñado a fabricar pan a dos niñas que deben hacerlo para todos los miembros de la Colonia. En suma, una labor que realiza la Institución en forma constante y sin ostentación, con modestia, con dedicación y con cariño.

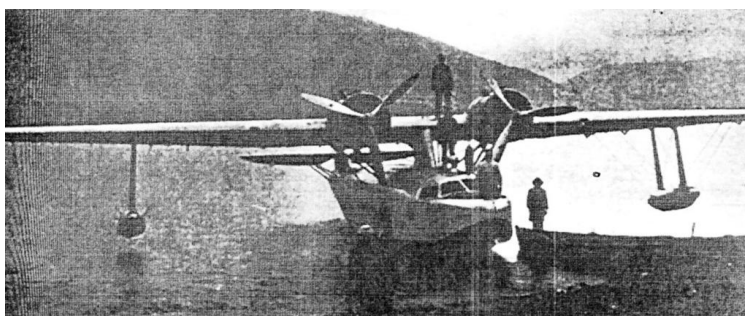
La Revista de la Fuerza Aérea de Chile, en su número 253 que corresponde a enero–abril del año 2011, también hace referencia a la historia de esta institución en dicha austral localidad; en ella se publica una interesante nota que denota que este puerto, que está enclavado en la isla Wellington, fue escogido como base para los hidroaviones en virtud de su posición geográfica, entre Puerto Montt y Punta Arenas, tramo que fue inaugurado el 7 de enero de 1937, como también lo fue el servicio experimental aéreo de pasajeros con los aviones “Sikorsky S-43”.



Avión anfíbio *Magallanes* en la Base Aérea “Bahía Catalina”, Punta Arenas, en 1937

Destaca la misma publicación la participación directa en las dependencias de la FACH en Puerto Eden, del sargento Gaymer, quien junto a su esposa, Raquel Verdugo, y su suegra, se estableció en forma permanente en dicha localidad a fines de 1936, permaneciendo en ese lugar por más de 13 años. En aquella época, la superioridad de la FACH lo comisionó para instalar una estación de radio para el apoyo e información meteorológica que se les entregaban a los aviones que operaban en esa zona. Fuera de sus tareas profesionales, se desempeñó como alcalde de mar y, además, realizaba labores de practicante para atender y curar a los enfermos. Fue un gran personaje y los habitantes de ese lugar, en especial los kawésqar, lo apreciaban y respetaban por la gran ayuda directa que recibían de parte de este funcionario uniformado. La publicación indica además, que a pocos kilómetros y al costado este del edificio de la radio estación, en 1969 fue construido el nuevo poblado en donde está ubicado actualmente Puerto Eden. En ese entonces, la población nativa había llegado a 43 personas, las que fueron trasladadas a nuevas casas prefabricadas que les entregaron. Allí se establecieron familias procedentes de la isla de Chiloé. El antiguo edificio de la FACH fue entregado a la Empresa de Comercio Agrícola (ECA), que instaló un almacén de comestibles.

Como el lector habrá podido apreciar, con estos auténticos antecedentes históricos queda sobradamente establecido que el actual pueblo de Puerto Eden debe en gran parte su creación y posterior desarrollo a la Fuerza Aérea de Chile.



Avion anfibia *Magallanes* en faena de combustible, en Puerto Eden en 1937

Respecto de los apellidos adoptados por los kawésqar, muchos utilizaron los lugares donde nacieron o vivieron, como por ejemplo Eden, Molinari y otros. En el caso de Molinari, se cuenta que corresponde a un canal que se encuentra cerca de Puerto Eden, cuyo nombre corresponde al apellido del cantoautor chileno Nicanor Molinare quien, en la década de 1910, cuando era funcionario de Aduanas en Punta Arenas, viajó a esa zona, en donde pernoctó por un breve tiempo en las orillas del citado canal.

En 1940, el presidente de la República, Pedro Aguirre Cerda, visitó Puerto Eden y dispuso por decreto la protección de la población nativa del lugar y residente en esa zona, siendo la FACH la encargada de hacer posible esa determinación del Gobierno. En esa ocasión, se dispuso un plan de radicación en Puerto Eden con apoyo de alimentación y salubridad. La entrega de víveres gratis atrajo a la población kawésqar, que era de costumbres nómadas, a vivir en dicho puerto en forma permanente. Años después, se fueron aplicando otras medidas de ayuda, como ser vivienda, lo que ayudó a cimentar la actual población existente en ese lugar y que en el año 2012 alcanzaba a cerca de 400 habitantes, siendo muy pocos de ellos descendientes directos de la etnia primitiva. Por diversas razones, especialmente económicas y de trabajo permanente, muchos de sus descendientes emigraron a otros lugares del país, en especial a Punta Arenas.

El presidente Aguirre Cerda, a su paso por Puerto Eden conoció personalmente a un niño kawésqar de apenas diez años y dispuso que se le brindara educación en algún colegio de Punta Arenas. En ese tiempo, el sacerdote salesiano padre Federico Torres, que ya recorría esos lugares esporádicamente en misión de evangelización y de ayuda social, se encargó de trasladar a ese niño hasta el Colegio Salesiano “Don Bosco” de Punta Arenas, en donde quedó internado. Al ser bautizado, se le colocó el nombre de Lautaro Eden Wellington; Eden por el puerto en que vivía y Wellington por la isla donde está ubicado.

Este adolescente, una vez terminada su enseñanza primaria y parte de la secundaria, ingresó a la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea de Chile, en donde, después de dos años de estudios, obtuvo el título de cabo 1º mecánico con fecha 1º de enero de 1948. En su estadía en la capital, conoció a una enfermera del Hospital de la FACH, con la cual contrajo matrimonio. Tiempo después, fue destinado a la Radio Estación de Puerto Eden, en donde por un buen tiempo cumplió con todas sus obligaciones profesionales e institucionales.

Por razones aún no muy claras, nuestro personaje abandonó su trabajo sin previo aviso, desertando de su repartición. Según algunas versiones él, junto con una mujer kawésqar, se fueron a vivir en forma nómada a diferentes lugares de esa extensa región plagada de archipiélagos. Otros dicen que se estableció en las cercanías de isla San Pedro con un grupo numeroso de familias de su misma etnia, del que él hacía las veces de jefe.

Antiguos pobladores de Puerto Eden han comentado que el jefe de la FACH destacado en ese puerto, sin razón alguna comenzó a masacrar a los perros que tenían los nativos, a los cuales apreciaban y cuidaban mucho, ya que los canes de esta raza, actualmente extinguida, eran los mejores compañeros de que disponían y les ayudaban a cazar lobos, nutrias, huemules y focas, además de servirles como fieles guardianes de su comunidad. Quizás éste sería unos de los motivos de la rebeldía de Lautaro Eden. Se tiene conocimiento que murió ahogado en esa zona, junto a su cuadrilla de caza. Una calle de puerto Porvenir lleva el nombre de este kawésqar que marcó un hito histórico reciente en esta sufrida y, a veces, muy ignorada etnia de la Patagonia austral chilena, cuyos integrantes son tan chilenos como cualquiera de sus habitantes nacidos en este país, tal como lo dispuso por decreto el Gobierno chileno del Padre de la Patria, Bernardo O`Higgins, con fecha 3 de julio de 1818. En parte del texto de ese histórico documento, que merece toda nuestra admiración y respeto, y que debe ser orgullo para nuestra patria, indica que: *“A todas las etnias existentes en el país no se les debe hacer diferencia alguna, sino que deben ser denominados chilenos”*.

Según el testimonio del enfermero de la FACH, Mario Munizaga Contreras, que vivió en la Radio Estación de la FACH, en 1966 la población de Puerto Eden estaba compuesta por 5 chilenos y 48 Alacalufes, tanto puros como mestizos, los que hacían una vida muy tranquila, dedicándose a la pesca, la recolección de mariscos y la caza de lobos marinos y nutrias. Asimismo, se había instalado una conservera de mariscos frente a Puerto Eden.

Según algunos estudiosos de los kawésqar, el examen de la toponimia de la región donde éstos residían permitió conocer aspectos de su vida y rescatar los restos de sus antiguas tradiciones y leyendas, por así decirlo, en su hora postrera, antes de que hayan desaparecido los últimos genuinos “nómadas del mar”.



Familia kawésqar a bordo de la barcaza *Díaz*, en enero de 1951

La comunidad de la etnia kawésqar actualmente apenas sobrepasa las 100 personas, teniendo la mayor concentración en Punta Arenas y, después, en Puerto Eden, Puerto Natales, isla Guarello. Sus integrantes, en su mayoría subsisten por la comercialización de su artesanía, y de actividades como pescador y otras diversas ocupaciones. La gran mayoría son mestizos de segunda o tercera generación y, al parecer, quedan muy pocos puros.

La aplicación de la Ley 19.253, que reconoce a esta etnia como una comunidad nativa y establece programas y beneficios en su favor, ha redundado en que se formen organizaciones sociales y culturales que trabajan por un mejor bienestar económico y cultural de sus integrantes. Existe una de estas organizaciones en Puerto Eden y tres en Punta Arenas.

Durante el mes de enero del año 2010, ocurrió un hecho que causó conmoción, tanto nacional como internacional, al ser restituidos desde Europa a su tierra natal los restos óseos de jóvenes kawésqar que habían sido llevados al extranjero en el año 1880, tras ser capturados, al parecer con autorización del gobierno de esa época, para ser exhibidos en los famosos zoológicos humanos como raros animales salvajes, muy parecidos a los seres humanos, y declararlos antropófagos, según se anunciaba en los carteles a la entrada del lugar en donde los presentaban. Esta exhibición tan especial y cruel, era muy cotizada por el público ávido de macabras historias, lo que constituía en sí un gran negocio para los encargados de esta farsa e inaceptable exposición que se realizaba en locales públicos habilitados para tal efecto, previo pago de la entrada. Estos “espectáculos” se llevaron a cabo en las principales capitales y ciudades de Europa, como por ejemplo, Londres, París, Zurich, Berlín, Bruselas, Hamburgo, Barcelona, Niza, Marsella, Milán y otras. En esa oportunidad se llevaron a Europa un total de nueve kawésqar –cuatro hombres, tres mujeres y dos niños–, que posiblemente fueron secuestrados desde su lugar de origen en los canales de la Patagonia austral.

Existen antecedentes de que corrieron la misma suerte otras etnias, como los yaganes, onas, tehuelches y un mapuche. En los restos mortales de una de estas personas se detectó que había muerto de sífilis, lo que dio a entender claramente que fueron abusadas y maltratadas por sus captores.

La investigación conjunta iniciada el año 2002, por el historiador chileno Cristián Báez y el antropólogo inglés Peter Masson, sirvió de base para que el realizador audiovisual y profesor de periodismo Hans Mulchi realizara el documental *“Calafate: Zoológicos Humanos”*, que fuera exhibido el año 2010, es decir, después de 130 años se pudo conocer la dolorosa verdad sobre estas personas que fueron secuestradas en sus entornos naturales sólo con el fin de lucrar con ellas. Durante el gobierno de la presidenta Michelle Bachelet Jeria, se realizaron todas las gestiones para proceder al traslado de los restos de estas personas desde Europa a la tierra de sus ancestros, en la región de Magallanes, y se dispuso además, en un muy respetable y significativo gesto de reparación por el maltrato sufrido al pueblo kawésqar, que estos restos mortales fueran depositados en un lugar especial en el Cementerio Municipal “Sara Braun” de Punta Arenas o en otro lugar determinado por la comunidad kawésqar residente en la zona.



Vista aérea de Puerto Edén

Con este resumen de la historia y costumbres de los kawésqar se ha querido rendir un merecido homenaje, con respeto y admiración, a esta sacrificada etnia, la que debe estar presente en los anales de nuestra historia patria. Sus integrantes son auténticos chilenos que fueron llamados los “nómadas del mar”, quienes recorrían en sus embarcaciones los intrincados canales de nuestra difícil geografía austral, donde fueron dueños y señores de estas gélidas regiones desde hace ya más de 8.000 años, constituyéndose así en unos de los pueblos más antiguos del mundo, y que nos dejaron legado de su inigualable historia.

Por último, creo oportuno reproducir parte de las conclusiones y estudios que han realizado por espacio de varios años, dos destacados profesionales dedicados a la investigación de la vida y costumbres de la etnia kawésqar (Aguilera y Tonko, 2009):

*“El territorio kawésqar se extiende desde el golfo de Penas al norte, hasta ambas márgenes del estrecho de Magallanes al sur. Este territorio está dividido, de acuerdo a los límites que establecen los kawésqar, en dos grandes porciones: (a) **jáutok/jáutauk**: territorio de los canales interiores que se proyecta igualmente hacia el continente al este; (b) **málte**: territorio hacia y en la costa del mar exterior al oeste.*

a) **Jáutok**: Para una separación exacta entre un territorio y otro existe un elemento distintivo: Aparte de la formación de las olas, la configuración de las playas, la conformación de los montes y de los diferentes ecosistemas que existen en esas zonas, sólo la presencia del alga denominada cochayuyo permite separar **jáutok** de la otra zona. A la designación de

jáutok confluyen varios elementos que dicen relación con el tipo y característica del terreno y la flora y fauna del sector. En los canales interiores, los paisajes y las costas son totalmente diferentes de los sectores cercanos al océano Pacífico; en algunos tramos las costas son abruptas y dan paso a los acantilados que desde el cerro se sumergen en el agua sin dar paso a una pequeña saliente que permite resguardar algún tipo de embarcación. Uno de los ejemplos más claros es el sector oeste del canal Messier, desde la entrada de la boca del canal Adalberto por el norte y, por el sur, hasta la entrada de angostura Inglesa. Por lo general las playas de **jáutok** son de pedregales y de corta extensión.

b) **Málte**: designa a los lugares que están cercanos al océano Pacífico. En este sector la configuración del terreno es distinta de la de **jáutok**, hay poca selva impenetrable, existen pampas y llanuras de gran extensión donde habita una gran diversidad de pájaros de todos los tamaños. En su mayor parte existen playas de gran extensión compuestas de arenas finas donde la visión se pierde en el horizonte. Hay una gran cantidad de islotes e islas que en todo su contorno están rodeadas de playas de arena. Con respecto a las aguas que bañan estas costas, es muy común encontrar olas de gran tamaño que llegan a la playa con mucha fuerza y vehemencia. A lo largo de la costa y playas de **málte**, de acuerdo con la cosmovisión del mundo kawésqar no se puede ingerir alimentos de ningún tipo, pues se considera tabú. Si por cualquier motivo amanece mal tiempo, gran ventarrón que imposibilite cualquier tipo de navegación, los individuos acuden a su bagaje cultural en busca de una explicación lógica y coherente, llegando a la conclusión de que el tabú ha sido roto en forma azarosa (como, por ejemplo, que un perro haya comido algo en la playa); como consecuencia de esos actos, la naturaleza castiga a los humanos, desatando toda su furia. (Aguilera y Tonko, 2009, pp. 3-4)

Existe otra división que dice relación con los antiguos grupos kawésqar de acuerdo a su ubicación geográfica: (1) , habitantes de la zona norte, desde el golfo de Penas hasta aproximadamente el canal Adalberto hacia el sur. (2) **Kčewíte**, habitantes de la zona al sur , aproximadamente desde el canal Adalberto posiblemente hasta la isla Jorge Montt y estrecho Nelson; (3) en la zona de Última Esperanza; (4) **Tawókser** en la zona del mar de Skyring, seno Otway y ambas márgenes del estrecho de Magallanes. Los nombres de estos grupos son los que existen en la actualidad, pero es posible que hubiesen otros en épocas anteriores. Por ejemplo, García Martí (1889) menciona a los tajatafes, situándolos entre los 48° y 49° según las cartas de la época. El nombre corresponde al topónimo Taixatáf (Taixatáf-kstai y Taixatáf-kar, en donde el primero designa un canal y el segundo una isla), en la zona del archipiélago Madre de Dios. Este límite sur es aproximado, ya que los actuales kawésqar no pueden determinar exactamente dónde se localizaba. Hemos propuesto este límite por ser el canal Adalberto la vía más cercana al sur

desde el occidente, hacia Puerto Eden y Puerto Grappler, ambos puntos señalados como sitios de campamentos habituales donde la permanencia podía ser más prolongada. Puerto Eden se convirtió en sitio de permanencia prolongada después de la instalación de la base de la Fuerza Aérea de Chile en la década de 1940. Puerto Grappler se encuentra documentado por Skottsberg (1913 y 1915). El nombre se encuentra en las narraciones de mitos y no se sabe si era la denominación que los miembros de esta parcialidad se daban a sí mismos (Cf. Aguilera, 1989), no obstante es la que utilizan actualmente los kawésqar de Puerto Eden para referirse a los kawésqar del norte. Estos grupos navegaban por la totalidad del territorio sin que hubiese fronteras limitantes. La división de Martín Gusinde en tres parcialidades (grupo meridional, central y septentrional) sobre la base de fronteras naturales es inexistente, todos se desplazaban de sur a norte o de norte a sur sin impedimentos excepto por las condiciones meteorológicas adversas que podrían impedir momentáneamente el cruce de alguna zona. Para una navegación segura y la determinación de los puntos de permanencia temporal (campamentos temporales) es necesario disponer de un conocimiento amplio de la geografía de este extenso territorio. Por ello, para los kawésqar este conocimiento siempre fue primordial y formaba parte de la educación que recibía cada uno al navegar por los canales. Aquellos que conocían los lugares los nombraban y los describían. La geografía era parte esencial de la transmisión oral de este pueblo nómada marítimo. Los relatos de viajes contienen muchos ejemplos de cómo se producía esta transmisión del conocimiento geográfico, así como del ecosistema, conocimiento fundamental para la existencia en tan intrincado territorio formado por miles de islas, canales, fiordos, pasos, bahía, senos, etc. La transmisión de los conocimientos en el pueblo kawésqar se da en todo el trayecto de la navegación; principalmente se les enseña a los niños, jóvenes y en algunos casos a los adultos. En el caso de los niños y jóvenes, a medida que navegan por los canales los mayores les van enseñando toponimia, la forma y en su tercer tomo de *Die FeuerlandIndianer* dice Gusinde: “Zweibeträchtliche Ausbuchtungen des Ozeansschliessen die Nordgruppe ab, nähmlich der sehr unruhige Golfo de Peñas im Norden und die ansehnliche Ausweitung östlich von Estrecho Nelson im Süden. Aus der gleichen Rücksicht ist es die zentrale Ableitung vermieden, im Norden den ebengenannten Estrecho Nelson zu durchqueren und nach Süden hin, beim Cabo Tamar, in die Magellanstrasse hinein vorzustossen. Sozusagen von der Natur selbst geschaffene Grenzen wurden für die drei Abteilungen der Halakwulup aufgerichtet und haben die eine von der anderen ferngehalten” (Gusinde, 1974: 119). (“Dos importantes entradas del océano determinan el grupo septentrional, a saber, el muy agitado golfo de Peñas al norte, y el considerable ensanche al oriente del estrecho Nelson, al sur. Por el mismo motivo la parcialidad central evitó cruzar en el norte el ya mencionado estrecho Nelson, y hacia el sur, en el cabo Tamar, no se adentró en el estrecho de Magallanes. Por así decirlo,

las fronteras creadas por la naturaleza misma se erigieron ante las tres parcialidades de halakwulup y los mantuvieron alejados entre sí". Traducción nuestra.) La explicación de "las fronteras creadas por la naturaleza misma" es sólo la impresión que cualquier persona puede encontrar razonable al pensar que embarcaciones tan frágiles no podrían cruzar extensiones de mar grandes. Relieve de los lugares, la utilidad y la factibilidad de proveerse de ciertos tipos de animales y mariscos en determinadas zonas específicas. Por lo tanto, la enseñanza de la geografía está fuertemente marcada por el proceso de la sobrevivencia la cual es inculcada a los jóvenes al indicarles cuáles son los lugares donde la caza es segura y cuáles no. Los relatos de viaje proporcionan abundante información al respecto y se enfatiza y se valora esta transmisión de la enseñanza."

BIBLIOGRAFIA

AGUILERA Faúndez, Oscar (1976) *"Jetarkte (Puerto Eden) Último reducto de los alacalufes"*. En: Revista de Marina, Vol. N° 93/174, pp. 513, Valparaíso, Chile

AGUILERA Faúndez, Oscar y José Tonco P. (2009) *"Isla Kalau y territorio adyacente. Geografía kawésqar"*. Acervo Cultural Kawésqar, vol 1. Conadi XII Región, FIDE XII, Edición limitada. Punta Arenas, Chile

CHAMORRO Ch., Claudio (1936) *"Bajo el cielo austral"*. Imprenta y Litografía "La Ilustración", Santiago de Chile

GUSINDE, Martín (1937) *"Die Feuerland-Indianer, Band II: Die Yamana"* (Los indios de Tierra del Fuego, Tomo II: Los Yamana), Möding bei Wien: Verlag der Internatiolen Zeitzchrist "Anthropos"

LIPSCHÜTZ, Alejandro y Grete Mostny (1950) *"Cuatro conferencias sobre las etnias de la zona austral de Chile"* En: Revista Geográfica de Chile "Terra Australis" N° 3/1950, Santiago de Chile

MASSA SS, Rdo. Padre Lorenzo (1945) *"Monografía de Magallanes"*, Capítulo XV, Escuela de Tipografía del Instituto Don Bosco, Punta Arenas, Chile

MARTÍNEZ Ugarte, Rodolfo (1965) *"Historia de la Fuerza Aérea de Chile"*, Capítulo XII, Imprenta de la Fuerza Aérea de Chile, Santiago de Chile

REVISTA DE LA FUERZA AÉREA DE CHILE (2011) Edición N° 253, Santiago de Chile

REVISTA "IMPACTO" (1991) N° 15, 16, 17, 18 y 19, Punta Arenas, Chile

RIVET, Paul (1960) *"Los orígenes del hombre americano"*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

WEGMANN, Osvaldo (1977) *"La última canoa"*, dos tomos, Editorial Atelí, Punta Arenas